de la profesión que cultive: que quien tiene un laboratorio y prepara sueros y prepara vacunas, lo diga para que se pueda recurrir a él en demanda de estos menesteres; que quien posee los elementos—no muy abundantes y sí costosos—que reclama el tratamiento científico del cáncer, no lo oculte para que los pacientes lleguen, o le sea enviados, en tiempo oportuno, *et sic de coeteris*, ya que de otro modo, el cirujano ortopedista se expone a ser llamado para practicar una laparotomía, o el dermatólogo a ser solicitado para el tratamiento de un caso de crup.

En el deslinde del campo de las actividades de cada quien, ahora que la extensión de la ciencia nos imposibilita para una fructífera práctica general, lo mismo que en la divulgación del conocimiento de la rama del arte médica que cada quien practica—por el anuncio decente o por cualquier otro medio decoroso, sin asomos al engaño, que se excogite—hallarán ventajas sin cuento la sociedad y el cuerpo médico.

La lucha contra los males venéreos.

Los adelantos realizados por la Medicina, en los últimos años, nos han permitido puntualizar la etiología y patogenesis de la sífilis y la blenorragia y ha puesto a nuestro alcance el empleo de medios diagnósticos de exquisita sensibilidad, así como nos han dejado comprender el enorme alcance que, como males sociales, revisten las afecciones treponémicas y gonocócicas.

De la sífilis se ha podido decir que es la más asesina de las dolencias que afligen a los humanos, más mortífera que la tuberculosis misma y, no ha mucho, en un cartel de propaganda, en el que las autoridades sanitarias de Saint Louis, Missouri, trataban de popularizar el empleo del 606, se asentaba que la *lues* ha destruido más vidas y hecho mayor número de inválidos y mutilados que la guerra que asolara a la Europa del siglo XX. Un 10 %, o más, de la población hospitalaria de los manicomios debe su desgracia al treponema y todos los casos de *tabes dorsalis* reconocen el mismo origen.

Conocidas son por demás, las relaciones que ligan a la vulgar “purgación” con la ceguera, con la esterilidad en uno y otro

sexos y con la muy amplia gama de las dolencias de los genitales de la mujer, por lo que, no sin razón, ha hecho fortuna la sentencia que reza que “el gonococo ha edificado los palacios de los ginecólogos.”

Pero el progreso científico no sólo ha hecho sentir su influjo benéfico en la esfera de los conocimientos puramente especulativos, sino que nos ha dotado de armas eficaces para la curación y profilaxis de las enfermedades venéreas y nos ha demostrado que son de las más evitables.

Vienen a cuento estas reflexiones (no por muy sabidas, menos importantes) con motivo de sendas proposiciones que, a modo de corolario de las respectivas memorias presentadas, hicieron al VI Congreso Médico los doctores don Fausto Vergara, de Tampico, y don Lauro Camarillo, de Puebla.

El primero, aun cuando considera la sífilis como enfermedad menos maligna de lo que la creemos y poco mortífera, relativamente, y convencido antirreglamentarista de la prostitución, como se muestra, aconsejaba la formación de una sociedad médica que abarcara a toda la extensión de nuestro país y que emprendiera la lucha contra aquella enfermedad y las otras que constituyen el grupo de las venéreas, por medio de la propaganda cultural y por medio, también, de la administración de los compuestos arsenicales treponemícidas.

El delegado angelopolitano, por su lado, y fijando su atención preferentemente en el prostíbulo (fecundo manantial de dolencias sexuales, pero no el único, como lo demuestran entre otros hechos el de la enorme proporción de sífilíticos que hay en Rusia, en donde es universal, casi, la costumbre de la salutación oscular) proponía, en resumen, que la reglamentación a que han de someterse las vendedoras de caricias fuera más estricta que lo es ahora y que las “horizontales” fuesen tratadas por métodos verdaderamente científicos, es decir, que no se contenten las autoridades con saturarlas de mercurio, sino que se las administre, preferentemente, la arsfenamina y que, en todo caso, no se las considere como inofensivas para sus parroquianos mientras su suero sanguíneo no se muestre Wassermann-negativo.

Indudable nos parece que, aun partiendo de opiniones diversas, las proposiciones de los colegas mencionados son dignas de seria atención por parte del cuerpo médico, del público culto y de las autoridades.

La lucha organizada contra los males venéreos—reglamén-

tese o no la prostitución, o aun, que se la suprime, como se ha hecho en algunos lugares de la Unión Americana—es una necesidad imperiosa en nuestro medio. Opinamos como lo hizo la comisión que dictaminara sobre el proyecto del facultativo tampiqueño, que no sólo a los médicos compete la campaña, sino a todos los miembros del agregado social que por su cultura, su altruismo o su abundancia de recursos pecuniarios, pueden hacer sentir su influencia sobre las masas; lo han comprendido así nuestros amigos los angloamericanos, quienes han organizado la “American Social Hygiene Association”, en la que al lado de aristocráticas damas, de banqueros acaudalados o de sifilólogos de renombre, ocupa un sitio S. E. el Cardenal Gibbons.

Tenemos en la ciudad de México la simiente, podría decirse, de una organización semejante en la humilde, pero benemérita Sociedad Mexicana de Profilaxis de las Enfermedades Venéreas, la cual sociedad desde ha doce años, lucha no sólo contra esos males, sino contra nuestra incuria y nuestra inconstancia; esa sociedad ha sostenido un periódico de propaganda sanitaria, ha dado conferencias y, sobre todo, ha abierto un dispensario gratuito en el que muchos enfermos han curado sus lesiones contagiosas, merced al prodigioso remedio de Ehrlich.

¡Que la Sociedad de Profilaxis extienda su esfera de acción a todo el país, o si nuestra constante rebeldía así lo quiere, que en cada ciudad, en cada Estado, se establezca una semejante que difunda el evangelio de la salubridad sexual y prodigue el salvarsán a todos los que le han menester!

Por lo que mira al pensamiento del médico poblano, también este tiene razón: mientras la reglamentación subsista, es inhumano recluir a las meretrices—víctimas de nuestro estado social, más dignas de conmiseración que de desprecio—en horribles hospitales para el solo efecto de mercurializarlas. Es imperativo, es urgente que ellas que cubren un impuesto reciban los beneficios del arsenobenzol y es imperativo, también, que sólo se las deje de tratar cuando la suerorreacción, en muchas ocasiones la sola huella de la dolencia, demuestre que no son inmediatamente peligrosas, o que no las amenaza, por lo pronto, un nuevo brote.